

CARMEN TORRES

ANTES Y DESPUÉS

Somos amigos. Pienso que a todos os podría mirar a los ojos y deciros: hablo para ti, estamos en familia. En esta reunión, lo que digamos, va a quedar en la confidencia de la intimidad. En esta confidencia, os voy a decir que soy igual que vosotros y sé que, como vosotros, reaccioné en una situación extrema, la más extrema e insólita que nos puede ocurrir. Aún hoy me pregunto: ¿asesinaron a mi marido o lo soñé? Fue verdad. Un 28 de junio de hace 40 años, oí tres tiros, después silencio y así cambió mi vida. Me da la sensación de que cuento lo mismo mil veces, como una cajita de música que se le da cuerda y repite siempre lo mismo. Tenía 33 años y 5 hijos. Hasta entonces había sido madre y periodista porque viví de la mano de mi marido un periodismo no escrito, arriesgado en primera línea. Yo lo guardaba y escribía cuentos. De pronto me quedé sola, sin ese amor que me llevaba 13 años y se había convertido para mí en esposo, padre, amante y amigo.

Me lo quitaron todo en un segundo. Y en ese segundo infinitamente largo, recibí el mayor regalo que he tenido en mi vida. El perdón. Fue un don del cielo que sigo agradeciendo todos los días.

Mi antes de ETA fue periodismo y mi después, inmediatamente después (al margen del gran después que significó el abandono de las

armas de ETA) fue el perdón. Perdoné a alguien que había asesinado a mi marido y yo no sabía por qué, ni quién era. Sigo ignorándolo. No sé quien fue, nadie me confirmó la autoría de su asesinato.

Aquel 28 de junio de 1978, yo nací. Nací como una nueva mujer a la que no conocía y fui descubriendo a lo largo de estos años. Tuve la certeza de que tenía que escribir. Si no hubieran asesinado a mi marido, yo hubiera sido una mujer más que no sabía qué es eso de perdonar a la persona sin rostro que mató al hombre que más quería en el mundo.

Tengo que deciros que el perdón es egoísta. El perdón es una forma de vivir. Sin perdonar no se puede descansar.

Hace unos días me dijeron las 5 condiciones que hace falta para morir en paz: Perdonar. Pedir perdón. Dar las gracias. Decir te quiero y decir adiós.

Ahora tengo la sensación de que estoy preparada para morir, cada noche doy las gracias por ser feliz y mentalmente pido perdón a quién no he sabido decir te quiero.

Os decía que el perdón es egoísta y es cierto. Yo perdoné por todos. En un perdón grande entraron mis hijos, quizás porque eran pequeños y yo tenía que formular mi perdón por ellos. Con los años he sentido remordimientos

por no darme suficiente cuenta de que ellos se habían quedado sin padre. Eran huérfanos en la eternidad de sus pocos años.

Después fui a trabajar fuera de casa. No lo había hecho nunca. No sabía qué era trabajar: horarios, obligaciones... mil cosas. Y fui con Valium y un gran pero encima "por algo le habrán matado". No era una héroe. Entonces no existían las víctimas del terrorismo (accidente laboral, Viky Uriarte, asesinó ETA a su marido a la puerta de su fábrica y se consideró accidente laboral).

Pero un día -no recuerdo la fecha- me convertí en víctima. Empezaron a aparecer asociaciones de víctimas, foros, conferencias y, también, manifestaciones. Y entonces tuve la necesidad de decir: "No en mi nombre". Aquellas personas -sin duda con buena voluntad- no me representaban.

Seguí viviendo con ese estigma de víctima, que se había tatuado en mi cuerpo como una pegatina.

Luché contra el victimismo a brazo partido. Escribí novelas -que nada tenían que ver con el terrorismo-, *Leonora*, que hablaba de Klimt y Mahaler; *La mujer de las nueve lunas*, de dudas de fe y de Hildegart de Bingen, una abadesa alemana del siglo XII, mágica y hermosa, que me atrapó; *La dama del cisne*, de un inmortal Leonardo da Vinci; *Rafaela Ibarra, la enamorada de Dios*, un símbolo místico del Bilbao de principios del siglo XX.

Fui guionista, escribí documentales, guías de viajes, algún ensayo... Pero a mí no me llamaban nunca como escritora o periodista en las tertulias. Sólo se acordaban de mí cuando había temas de terrorismo. Me está costando mucho que me consideren periodista y escritora al margen de Portell. No reniego, pero reivindico mi lugar en este mundo. Sin embargo, en Deia escribí al dictado de lo que ocurría en la sociedad con Suarez, Felipe González, Aznar, Rajoy o Zapatero. Evidentemente, cuando ETA dejó las armas, me emborraché de champán. Me llamaron del periódico para que escribiera algo, estaba sola en casa con una copa que me sabía a gloria por los años que había esperado aquel momento.

Y ahora -en este ahora de 14 de octubre- pienso que felizmente todo ha pasado y nos podemos mirar a los ojos con serenidad. Tenemos paz en Euskadi, un sueño que habíamos imaginado durante tantos años de plomo y lágrimas. Los hijos de mis nietos, sabrán que existió ETA porque lo estudiarán en los libros de texto. Esta era la magia que empecé a soñar, sin saberlo, un 28 de junio de 1978.

**ME LO QUITARON
TODO EN UN SEGUNDO. Y EN ESE
SEGUNDO INFINITAMENTE LARGO,
RECIBÍ EL MAYOR REGALO QUE HE
TENIDO EN MI VIDA. EL PERDÓN**